

CARTA A JUANA DE IBARBOUROU^(*)

Jorge Arbeleche

Querida Juana:

No es hoy la primera vez que este recinto te cobija y recibe. En más de una oportunidad tu presencia o tu ausencia, tu voz o su eco, tu luz o su recuerdo se internaron por entre estos mármoles y columnas. También, en más de una ocasión, se comparó tu historia con la de la Cenicienta campesina que había llegado desde la humilde casa de su Melo natal hasta este Palacio, emblema de nuestra democracia.

Hoy, aquella casa tuya, donde aún da su sombra tu higuera y brinda su frescura el aljibe, hoy, repito, esa casa te pertenece de nuevo, por esforzado ahínco del Ministerio de Educación y Cultura y la ocupa la Asociación de Escritores de Cerro Largo, es decir, tus colegas y coetáneos de hoy.

Desde aquel lejano 10 de agosto de 1929, cuando bajo la iniciativa del poeta peruano José Santos Chocano y flanqueada por el padrinazgo de don Juan Zorrilla de San Martín y del gran escritor mexicano Alfonso Reyes, entonces embajador de su país en la vecina Buenos Aires, te nombraron *Juana de América* y colocaron sobre tu sorprendida cabeza, una corona que fue, a veces, de laurel, otras de espinas, hasta este presente cuando te rodean algunos de los mejores artistas de hoy, han pasado más de 70 años. Eras entonces joven, eras hermosa, eras querida, alabada y admirada por círculos académicos, requerida por ámbitos populares. Aunque melancólica, escribías sobre la felicidad, el Amor y el gozo de la Vida, como cantaste en tu salmo de alabanza titulado "Dios".

(*) El siguiente texto fue leído por el académico Jorge Arbeleche el día 13 de agosto de 2001, cuando la Cámara de Representantes homenajeó a Juana de Ibarbourou, al evocar el acto de 1929 cuando fue proclamada "Juana de América". Participaron en esta celebración artistas y músicos nacionales que cantaron y leyeron sus poemas. Ellos fueron Cristina Fernández, Vera Sienra, Washington Carrasco, Ethel Afamado, Pablo Estramín, Tatiana Oroño, Alicia Garateguy, Enrique Palombo y la primera actriz de la Comedia Nacional Estela Medina, quien también recibió un reconocimiento de la Cámara por su aporte artístico a la cultura del país. Cerró el acto la actuación de la murga "La Reina de la Teja", cantando versos de Juana.

Dios

El hombre tierno y cruel, el mirlo músico,
el agua abierta en sus magnolias frescas,
la tierra henchida de metales útiles,
el trompo zumbador de las abejas;
de aquí, a lo alto de la espesa esfera,
el gemido hacia Ti, rezo implorante;
en las celestes horas, risas jóvenes;
en selva y mar los peces y elefantes
que hace tu voluntad de obrero insigne;
el musgo, fiel gamuza de los ángeles;
la rosa elemental que se persigue
para el amor y el verso alucinante;
la belleza y el bien que no se miden;
el carbón superado en los diamantes;
el fuego alado y el alado aire,
todo está en Ti, todo eres Tú, Tú Eres,
¡Oh Padre Universal, extenso Padre!

Por mi perfecta célula y el alma
que a Ti elevo en jornadas de alabanza,
por la piedra que calla,
por el río que canta,
gracias, Señor mi Dios, tan necesario
que hasta el monstruo te ama.

Tuviste, a raudales, el afecto y el reconocimiento. Pero también con el tiempo te cercó el silencio –verbal, casi nunca escrito– de generaciones posteriores. Más de una vez, no te entendieron. Ni los unos ni los otros. Ni los que te canonizaron laicamente, ni los que te negaron en cenáculos y capillas.

Pasaste, incólume, por encima de las oleadas y de la bajamar.

Seguías escribiendo. Algunos de tus libros nuevos albergaron ciertamente poemas de tu más selecta orfebrería. Y así lo reconocieron –con nobleza– quienes antes te habían silenciado.

Hoy no voy a referirme más a los vaivenes del gusto ni a la serie extensa de tus homenajes y premios en Uruguay, en España, México, etc. Me referiré a lo que yo creo es el enigma y el centro de la corola de tu poesía.

Supiste integrar lo mínimo, lo pequeño –aun lo feo–, el sentido del límite, tan nuestro, al ámbito de la poesía. Viste al mundo desde tu perspectiva poética y al mundo lo vivenciaste junto a la poesía. Pienso que es en esa unión, en esa simbiosis entre tus versos y las cosas, en ese halo misterioso con que rodeaste todo lo que te rodeaba, poniendo luz donde no había y descorriendo el velo de la penumbra cuando la niebla impedía distinguir la sombra de la luz, donde reside la raíz de tu poesía. También el dolor universal fue poesía en tu voz como dijiste en “Desvelo”.

Desvelo

Cada joven que miro se me hace
Raíces de amapolas en los campos
Y de nuevo, afinados esqueletos
Veo romperse al sol, lentos y pálidos.

Es preciso que vuelvan
Los tiempos aclarados y sin filo,
El muchacho romántico y la niña
Que guardaba heliotropos en los libros.

Me duele hasta morirme este cansancio
De temer cada día el otro día,
De saber que la sangre viva y ágil
Se pudrirá mañana en una orilla
Cualquiera, y una rosa indiferente
Abrirá en el vacío de la herida.

Está en mi sien ese terror anclado
Y se agiganta mientras corre el tiempo.
Muerdo un ácido puño de delirio
Y todo se hace trágico y profético.

En tanto Abel dormita en las celdillas
Que rezuman crueldad, el otro hermano
Se alimenta de nardos y de niños.
Galopa riendo sobre huesos blancos.

Hay que guardar, amigos, los violines,
Y envolver entre lienzos las campanas.
Mirad el cielo con señales rojas.
Sentid sedienta el agua.

Y eso hizo que tu acento fuera reconocido por todos como propio. Supiste encontrarle a tu verso el tono intransferiblemente uruguayo que lo caracteriza y pudiste, lograste, sintonizar con el sentir sencillo y llano de todas las gentes de todas las latitudes, más allá de fronteras geográficas y lingüísticas, más allá de condicionamientos políticos y sociales, más allá de toda circunstancia precedera.

Tu voz integra holgadamente nuestro imaginario colectivo. Tu sensibilidad poética ha hecho que se consustancien con ella una vasta gama de personalidades. Desde el augusto Miguel de Unamuno que elogiara con fervor tus *Lenguas de diamante* en 1919, hasta nuestro Alfredo Zitarrosa, que musicalizara en 1971 tu poema *La cuna*. Desde la consagrada Gabriela Mistral, que celebrara con agudeza crítica tu misterio como el de la luz y no el de lo sombrío, hasta Marta Gularte, figura icónica de nuestra cultura popular. Poco tiempo hace ella contó en una entrevista que se había criado en el asilo con las monjas del Buen Pastor y recordaba que con frecuencia las visitaba una hermosa señora, elegante, que les hablaba y les leía poesía y les contaba cuentos. Una vez una monja tomó de la mano a la pequeña Marta, la acercó a tu lado y te dijo: “Esta negrita también escribe versos”. Cuenta ella que tú le respondiste: “Pero esta negrita debe tener un nombre, ¿cómo te llamas?”

Hoy, nuevamente se te homenajea y se te recuerda. Pero poco o nada tienen que ver estos representantes del Uruguay con las figuras políticas o diplomáticas de hace más de setenta años. Poco o nada saben o supieron tus nuevos lectores que hoy te leen traducidos tus versos a su idioma, en árabe, en japonés, en hebreo, en sueco, inglés, italiano, francés, ruso, etc., de aquella ceremonia de 1929. Creo que es esa sintonía, única por local, y por lo tanto universal, la que hace llegar tu voz a cualquier lector que se te acerque libre de prejuicio.

Tengo en mi haber el orgullo y la satisfacción de haber sido un luchador solitario al defender tu trabajo en épocas en que pocos me acompañaban hace casi 40 años, cuando siendo estudiante del Instituto de Profesores Artigas fui una suerte de cruzado por tu causa. Años después, ya profesor de ese mismo centro de estudios, mis jóvenes alumnos, en tono de amable broma, me llamaban *el novio de Juana* en actitud diferente a la de mi época. La situación ahora ha cambiado. En 1992 el Instituto del Libro bajo la dirección de Julián Murguía me encomendó la edición de tus obras. En esa ocasión estuve acompañado por destacadas figuras de nuestra crítica y nuestra

creación literarias. Uno de ellos, el gran poeta Washington Benavides, me llamó esta mañana para testimoniarme expresamente su adhesión a este homenaje. Nadie puede ya negar tu condición de figura histórica en la literatura hispanoamericana. Ningún uruguayo hoy te ignora. Nadie puede tampoco desconocer la repercusión de tu obra, que ha llegado a todos los estratos de nuestra sociedad. Fuiste la primera mujer académica de nuestra Academia Nacional de Letras. También fuiste su primera académica de honor al mismo tiempo que eras la presidenta de la comisión creada para la realización del tablado de tu barrio en un carnaval distante y próximo.

Aun tímida, nunca fuiste recelosa ni rencorosa. Inteligente. De rápida respuesta. Con gran sentido del humor. Segura de tu trabajo. Cuando en una entrevista te preguntaron cómo veías la evolución de tu obra, respondiste categórica:

“Sin falsa modestia, sin falsa humildad, le digo que ha ido creciendo. Y creciendo bien”.

En otra oportunidad te interrogaron por qué te maquillaban tanto los ojos (¡hasta eso te cuestionaron!). Y contestaste: *“¿Sabe por qué? Porque si no me maquillo me parece que no veo”.*

Hoy te acompañan algunos de los más destacados estudiosos, profesores, poetas, músicos, cantantes, nuestra máxima figura del teatro nacional, la grande Estela Medina, como tú, única, personalísima y misteriosa.

También está, y estuvo en aquel 10 de agosto de la historia, tu ahijada Socorrito Villegas Morales, destacadísima exponente de nuestra música de cámara. Tu otra ahijada de la sangre de los Morales, tu sobrina Alba Lambiaso de Pisani, y representantes de tu otra rama Marta y Marimela Fernández. Y nosotros, que te seguimos leyendo y descubriendo nuevas notas a tu sinfonía. Porque como tú dijiste: *“Se va andando, se va sufriendo, se va cantando”.*

Me despido de ti, con un enigma aún sin resolver. Cuando la Señora loba iba de paseo con su traje nuevo y su hijito feo: por qué ese lobito era feo y sin embargo nunca perdió la gracia ni su misterio que seguirán encantando a los niños uruguayos. Antes de terminar, leeré un poema que escribí hace poco recordándote, reviviéndote.

J. de I. (1979)

a Sylvia Lago

Detrás del andamiaje del rímel y la ceja y la pestaña
más allá de un rojo borroneado
a veces en los labios,
por entre la ya maraña escasa de tu pelo
donde se había esfumado la trenza
en que anidaban el alba y los jilgueros
ahora
asomaba
el desteñido fulgor de una caoba
de tinta y de pincel.

allí
entre tus vocales esponjadas en el vaho
de su propia sombra
cruje
la cáscara de los huevos de octubre
en un temblor
mojadas aún sus plumas—
emerge
suda
zurea
la Primavera.

Se oye
el furor alazán de tu galope:
otra vez se echa a andar
el engranaje de tus consonantes.

Juana de Ibarbourou, 1892–1979.

Y hasta más ver, Señora.